

## Editorial

### La pobreza en el juego de espejos

Humberto Márquez Covarrubias

#### La sal de la tierra

Reflejado en un juego de espejos, el capitalismo aparece como un espectro de inconmensurable riqueza y de desbordante miseria: tan sólo 62 personas poseen una fortuna equivalente a la de 3 mil 600 millones de personas, la mitad más pobre de la humanidad (Oxfam, 2016). El poder del gran dinero es capaz de producir mercancías de sobra hasta estallar en colosales crisis de sobreproducción y, al mismo tiempo, de sumir a miles de millones de seres humanos en el fango de la pobreza y la exclusión.

Según la Organización de las Naciones Unidas (ONU), más de mil millones de personas padecen hambre en el mundo, la cifra más alta de la historia, y 3 mil millones sufren desnutrición. Bastaría con canalizar «menos de 1 por ciento» de los fondos empleados para salvar de la crisis a bancos y empresas y destinarlos a «resolver» el problema del hambre, según la ONU. Pero el capitalismo no tiene vocación samaritana y sólo rescata a los grandes capitales, eso sí, mediante la «socialización de las pérdidas». En el improbable caso de que emprendiera una cruzada humanitaria, dicha acción sería insuficiente, pues dejaría intacta la raíz estructural del problema, el despojo y la explotación, dado que el sistema tampoco tiene vocación suicida.

Considerado por los epígonos como la única civilización posible del progreso y la prosperidad, el capitalismo expelle a la población que

considera redundante del mercado laboral, donde no tiene cabida ni siquiera como fuerza de trabajo extremadamente barata; del circuito de consumo, por ser insolvente, y de la ciudadanía, por la derogación de derechos sociales, laborales y políticos. Una parte significativa de la población mundial se convierte en una suerte de amasijo humano expulsado del paraíso terrenal en el que manda el dios dinero.

Ante los grandes problemas, el capitalismo huye hacia adelante al convertir la miseria humana en espléndidas oportunidades de negocio. La desbordante pobreza permite blanquear o humanizar al sistema con políticas de «combate a la pobreza», mientras se convierte un problema social en un espacio redituable. Quienes son excluidos y desechados terminan a la postre por ser incluidos y reinsertados a la estructura funcional. Los expertos exploran los mecanismos para reinsertar a esa masa amorfa de desahuciados que arroja la explotación y el despojo a fin de abrir nuevos mercados con altos márgenes de rentabilidad.

### Los que sobran

Los pobres entre los pobres son considerados personas desechables por el capital. Una materia humana que no produce valor y no es rentable. Los excluidos carecen de medios de producción y de vida para cubrir las necesidades esenciales que imponen los mecanismos del mercado según la lógica de la valorización. La mayoría vive con ingresos insuficientes —menos de 4 dólares diarios—, carece de acceso a servicios básicos y no dispone de propiedades, cuentas bancarias o servicios financieros. Tampoco tiene acceso a los mercados para vender sus productos, sobrevive en la economía

informal y es más vulnerable a los desastres naturales. La paradoja es que siendo pobres en términos relativos pagan más que los consumidores ricos por productos y servicios que además son de menor calidad.

Los mecanismos de empobrecimiento son diversos. Los productores de subsistencia son despojados de tierras y otros bienes comunales que se venden a precio de saldo a corporaciones y fondos de inversión, los agentes del «nuevo imperialismo» (Harvey, 2004), para instalar grandes proyectos mineros, petroleros, agrícolas, turísticos, etcétera. La abundancia de trabajadores precarios atrae a maquiladoras, comercios y servicios que obtienen alta productividad y rentabilidad a cambio de salarios miserables. La institucionalidad garante de protección social amparada en un catálogo de derechos sociales y laborales es desmantelada y en su lugar se abren otros espacios de valorización a costa de quebrantar la reproducción social (Márquez, 2013).

De un modo más extremo, los sectores populares de los países periféricos son víctimas de guerras de conquista de territorios provistos de fuentes de energía, de disímiles guerras supuestamente contra el terrorismo y el narcotráfico, y de la militarización de las fronteras con el objeto de contener la inmigración. Distintas agendas geopolíticas, militares y diplomáticas atenazan a los más variados países y pueblos: Líbano, Irak, Palestina, Afganistán, Pakistán, Sudán, Somalia, Sri Lanka, México, Colombia... El Sur global se ha convertido en escenario militarizado donde cunden estrategias abiertas o encubiertas de exterminio y limpieza social en contra de la población redundante y en pos de las riquezas naturales y el trabajo vivo.

## Fábrica de pobres

Los grandes prestamistas de los países subdesarrollados, el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI), están controlados por las potencias capitalistas, en particular Estados Unidos. En tanto agentes centrales de las finanzas globales poseen la facultad de implantar el proyecto neoliberal en las periferias del mundo, lo cual incluye la imposición de deudas externas perpetuas e ilegítimas —cínicamente bajo la rúbrica del «financiamiento para el desarrollo»— y severos programas de ajuste que desmantelan las economías nacionales, multiplican exponencialmente la pobreza y garantizan la rentabilidad de los capitales multinacionales.

Sumidos en la eterna deuda externa y el déficit fiscal crónico, los créditos del BM terminan por ser casi la única fuente de ingresos de los programas sociales en los países con más pobreza. Al estar condicionados a seguir los postulados del «libre mercado» y la rentabilidad capitalista se impone el régimen de ajuste que privilegia el oneroso pago de deuda contraída con los organismos financieros internacionales y otras instituciones crediticias, en consecuencia, recortan los programas sociales que eventualmente podrían contribuir a la educación, la salud, la alimentación y el empleo. De manera sintomática, la mayor parte de los préstamos del BM (alrededor de 80 por ciento) no se destina a los países sumidos en la pobreza más aguda, sino que con sentido estratégico se canaliza hacia los países en desarrollo que brindan un mayor potencial de inversión para el capital global y garantizan una rentabilidad.

Siendo en gran parte responsables del subdesarrollo y la pobreza en los ámbitos del Sur global, los organismos financieros internacionales tienen la osadía de presentarse también como los brujos financieros que resolverán el

flagelo de la pobreza en el mundo. En 1990, el BM declaró que la «reducción de la pobreza» era uno de sus objetivos prioritarios (BM, 1990); no obstante, promueve estrategias para reciclar a los pobres con nuevos métodos gerenciales y convertir al fantasma de la pobreza en un gran negocio (BM, 2007).

### La pobreza es rentable

Además de que el sistema capitalista depara a miles de millones de personas despojo y sobreexplotación, pobreza, hambre, enfermedad y violencia, implementa estrategias de mercado con la intención de reciclar a la masa humana previamente expoliada y excluida. El sistema explotador aprovecha las propias lacras que genera para maquillarse con un rostro humano de desarrollo incluyente. Orondamente, el BM decreta que «la pobreza también es rentable» (WRI/IFC, 2007); bajo esa premisa, se trata de formar verdaderos mercados emergentes con rentabilidad asegurada.

El BM considera que los pobres forman la base de la pirámide de la economía mundial (BOP, por sus siglas en inglés) compuesta por 4 mil millones de personas de bajos ingresos (menos de 3.35 dólares al día) que viven en pobreza relativa; pero al conformar la mayoría de la población mundial representa un mercado potencial estimado en 5 billones de dólares (WRI/IFC, 2007). Esta población, ubicada debajo de la escala de supervivencia sin satisfacer sus necesidades básicas, se concentra en las periferias de Asia, África, Europa del Este y América Latina y el Caribe. En principio pareciera tratarse de un mercado insolvente, pues la mayoría de esas personas vive con menos de 4 dólares diarios, no es propietaria, no tiene acceso a servicios básicos y no dispone de cuentas bancarias ni servicios financieros, es decir,

están por debajo de la línea de pobreza tal como se establece en las sociedades occidentales. Sin embargo, sumada esa masa poblacional representa un apetitoso potencial de negocios que el capital no quiere desaprovechar.

Los organismos financieros internacionales suelen atribuir la inequidad a los sistemas de precios relativos del mercado financiero, como las comisiones exorbitantes por préstamos o transferencias de dinero a familiares, o los costos elevados por servicios básicos, entre otros. En esa medida las recomendaciones insisten en incrustar a los pobres en las actividades bancarias y promover su consumo. No se hace mayor reparo sobre el modelo económico político porque el cometido es convertir las necesidades esenciales de la masa de pobres generada por el propio capitalismo en oportunidades de negocio para el sector privado. Los pobres deberían ingresar en la economía formal en una estrategia de «generación de riqueza y crecimiento inclusivo» que cubriría las necesidades, el bienestar, la productividad y el ingreso de modo que las familias salieran de la pobreza.

### La trama geopolítica

El tema de la «erradicación de la pobreza» se colocó en la agenda internacional con la proclamación de los Objetivos del Milenio de la ONU en 2000; una agenda imposible de cumplir porque no contempla cambios estructurales. En tanto que la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) canaliza créditos y donaciones para respaldar a países con altos niveles de pobreza y deuda externa, pero en realidad se destinan a los mercados del Sur donde las corporaciones multinacionales tienen negocios e inversiones, con lo

que garantizan su rentabilidad. Los recursos de la AOD se condicionan a la formalización de alianzas público-privadas cuyo objetivo es ofrecer los fondos públicos a los capitales privados con sede en los países emisores. La cooperación al desarrollo es un mecanismo más de inclusión de los pobres en el mercado mundial.

En esa tónica, el grueso de las organizaciones no gubernamentales (ONG) y organizaciones no gubernamentales para el desarrollo (ONGD) brindan cobertura territorial a las operaciones políticas y diplomáticas de los países centrales amparadas en la noción de cooperación para el desarrollo. El discurso de las ONG suele ser débil cuando resaltan la falta de voluntad política para luchar contra la pobreza; no obstante, las instancias responsables —gobiernos centrales, organismos financieros internacionales y organizaciones internacionales— no pretenden, en el fondo, suprimirla sino gestionarla según los preceptos del mercado que buscan la rentabilidad, no la erradicación de las contradicciones sociales.

## Reinserción al mercado

La exclusión social es ambigua: alternativamente los pobres aparecen y desaparecen de los ámbitos de la producción y el consumo. Por una parte son separados de los medios de producción y subsistencia, relegados al desempleo estructural y denegados de derechos sociales y laborales; por otra, son reinsertados al mercado, la institución primordial de la vida contemporánea, como trabajadores precarios y consumidores de bajos ingresos. A fin de cuentas ninguna clase social es rechazada si aporta a la producción y realización mercantil.

Los expulsados del paraíso mercantil dan lugar al diseño de políticas asistencialistas promercado planteadas por los organismos internacionales con la intención de conferirle un rostro humano al capitalismo (el «combate a la pobreza»), no sin dejar de advertir que representan una carga en los balances gubernamentales. Así, los programas estatales de asistencia a los pobres se orientan a respaldar el mercado de consumo de las grandes corporaciones. Los pobres son canalizados parcialmente a los circuitos de consumo solvente. Por ejemplo, los gobiernos nacionales obsequian teléfonos móviles, televisores, tabletas o computadoras para expandir el mercado de telecomunicaciones e informática que de otra forma estaría deprimido.

La democracia de elites, típica del capitalismo, se ofrece empaquetada a los pobres. La democracia electoral simula el principio liberal de «una persona, un voto» con el propósito de legitimar los comicios en los que simplemente se eligen personajes de la clase política extraídos de la elite. Las políticas asistencialistas son instrumentos clientelares que convierten a los sectores subalternos en una especie de mercado electoral cautivo para acarrear votos y distraer la atención de los grandes problemas sociales.

## Consumidores solventes

La población pobre de bajos ingresos representa una contrariedad para el desarrollo del capitalismo: resulta contraproducente que más de la mitad del conjunto de la población se desconecte total o parcialmente del consumo capitalista. A fin de alentar la realización mercantil es imperativo reinsertar a los pobres en los circuitos de consumo y no necesariamente con el incremento de salarios, una exigencia permanente del capital.



Las empresas están muy interesadas en que los pobres sean sus clientes habituales. Por ende se elaboran diversos proyectos que pretenden reinsertar a los pobres en segmentos de mercado formados con baja inversión pero con altas expectativas de rentabilidad. En esa proyección configuran la base de la pirámide económica y pese a los magros niveles de ingreso y merced a su gran cantidad conforman un inmenso volumen de mercado que el capital intenta aprovechar hasta los últimos reductos.

Diferentes planes de negocio han sido confeccionados por las corporaciones según los perfiles sociodemográficos, económicos, culturales y las necesidades básicas. Muestra de ellos es la venta de mercancías y servicios variados, desde agua embotellada, ropa y electrodomésticos, hasta paquetes vacacionales y planes funerarios. La formación de un mercado de consumo para los pobres se acompaña de una organización del «estilo de vida»; es decir, patrones de consumo vinculados a un determinado producto o una canasta de productos, independientemente de que sean de primera necesidad o se tornen suntuarios.

Asimismo, las empresas crean mercados y estilos de vida para los consumidores pobres. Implantan la idea de pagar por determinados productos e inducen a los consumidores a incorporarlos en sus hábitos. Un ejemplo de ello es el agua, otrora un bien común de acceso gratuito, del pozo o la llave, que se convirtió en una mercancía cara, habitualmente con la forma de agua embotellada o de las bebidas edulcoradas, que además de su costo elevado se asocian con problemas de salud como diabetes e hipertensión, las enfermedades de los pobres. Otro ejemplo es el teléfono móvil, el cual se ha convertido en un artículo de «primera necesidad» para todas las clases sociales.

Las comunidades locales son subsumidas por negocios y productos que desplazan a los proveedores locales y las economías de subsistencia. No es

extraño que comunidades rurales consuman leche pasteurizada proveniente de centros urbanos industriales y no la leche producida en la región. Patentes, normas oficiales de producción, envasado y etiquetado forman un paquete legal y mercadotécnico que protege a los oligopolios y desplaza del mercado a los productores tradicionales y artesanales, considerados resabios del pasado. En adición, se diseñan, promueven y condicionan ciertos patrones de consumo para que los sectores populares asuman los modos de vida modernos empaquetados con señuelos como el estilo de vida estadounidense, el último grito de la moda u otro imperativo eficaz de la propaganda corporativa.

Es preciso aclarar que las campañas de mercadeo persuaden a los compradores para probar y aceptar sus mercancías y relegar a los productos vernáculos. Las empresas privadas involucran a la comunidad en la difusión de los nuevos productos y marcas con la finalidad de eliminar a los competidores y generar un sentido de identidad con la marca. Además imprimen una dosis de ideología en las mercancías, por ejemplo, en la publicidad no se menciona que el consumo de ciertas bebidas o golosinas no resolverá los problemas de nutrición o pobreza, pero sí que les brindará a sus vidas sensaciones de placer y realización personal de manera instantánea. Incluso, el fetichismo redoblado de la mercancía hace posible que se venda con una fuerte carga erótica inoculada en las campañas publicitarias o en el diseño del producto o empaque, lo cual nada tiene que ver con su valor de uso real.

## Referencias

- Banco Mundial (BM) (1990), *Informe sobre el desarrollo mundial*, Washington.
- Harvey, David (2004), *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal.
- Márquez Covarrubias, Humberto (2013), «Apogeo del capitalismo corporativo y dominación de los mundos de vida», *Estudios Críticos del Desarrollo*, (3)5.
- Oxfam (18 de enero de 2016), «Una economía al servicio del 1 por ciento. Acabar con los privilegios y la concentración de poder para frenar la desigualdad extrema», *Informe de Oxfam*, p. 210, en [https://www.oxfam.org/sites/www.oxfam.org/files/file\\_attachments/bp210-economy-one-percent-tax-havens-180116-es\\_0.pdf](https://www.oxfam.org/sites/www.oxfam.org/files/file_attachments/bp210-economy-one-percent-tax-havens-180116-es_0.pdf)
- World Resources Institute e International Finance Corporation (WRI/IFC) (2007), *Los siguientes 4 mil millones. Tamaño del mercado y estrategia de negocios en la base de la pirámide*, Washington.